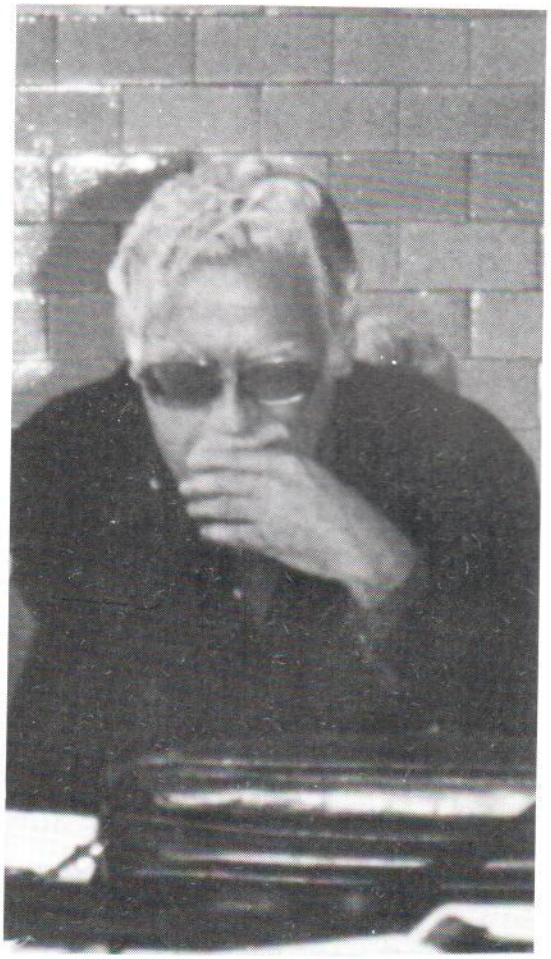
Habitaria

Metrópoli: arquitectura y sociedad

Repensar la arquitectura

Alfonso Ramírez Ponce*

"Descubrir, no consiste sólo en venir
de fuera o de lejos.
No hay más lúcido descubridor que
aquel que desde dentro mira y ve".
José Lezama Lima



Alfonso Ramírez Ponce.

Repensar conlleva la intención de volver a pensar lo ya pensado. A hacer una revisión, a tener una nueva visión de nuestro saber y hacer. Repensar lo que sucede en torno a nuestra arquitectura aquí y ahora, implica un arduo trabajo que sólo puede ser desarrollado, en mayor o menor medida, a través de un esfuerzo colectivo.

Atahualpa Yupanqui decía: "Yo no soy viejo sino antiguo" y en este sentido, en estos últimos días, nos hemos reunido un grupo de antiguos amigos para volver sobre algunas de nuestras comunes y añejas obsesiones: la democratización de nuestro gremio y en general la del país, el papel social del arquitecto, la necesaria orientación en esta dirección de la enseñanza en las escuelas de arquitectura, y varias más.

Ampliando y abriendo los comentarios en torno al tema, permítanme exponer aquí unas cuantas ideas que, por supuesto, en tan corto espacio, no pretenden agotar el tema.

¿Cómo podríamos intentar este repensar? Como ustedes supondrán para este intento existen múltiples caminos. Uno de ellos es tratar de ver nuestra arquitectura mexicana y latinoamericana desde y hacia dentro. En otras palabras, verla no sólo en relación con las otras arquitecturas, en particular con las de los países desarrollados, equívocamente llamados "centrales", sino verla, sobre todo, desde nuestra realidad, entendida como nuestro propio centro. Ensayando a vernos así, tal vez lleguemos a poner en práctica lo que nos sugiere el pensador colombiano Germán Arciniegas: "Que se piense con libertad, sin sujeción al dogma acuñado en otras tierras (y si esto se logra), ya hay una emancipación del espíritu que es la que cuenta".

*Arquitecto egresado de la UNAM. Ponencia presentada en el Encuentro Nacional ESIA'98.

La visión externa, siempre colonizada y muchas veces acomplejada "sujeta a dogmas extraños" –en las palabras de Arcininegas–, llega al grado de justificar y apreciar nuestras obras, no por ellas mismas, por sus propios valores, por las soluciones que dan a sus condicionantes regionales, sino porque se parecen a las obras o están hechas según normas o modas primermundistas.

La anterior forma de ver no permite apreciar que lo importante, lo verdaderamente trascendente se nutre de nuestras experiencias, de nuestros sufrimientos, de nuestros sueños. Repensar sería intentar vernos a nosotros mismos, ya no con los ojos de los otros –como muchos lo han hecho durante mucho tiempo–, sino con nuestros propios ojos. Dominantemente desde dentro y –en forma complementaria– desde fuera.

Luis Barragán, arquitecto mexicano –de quien se dice que fue un arquitecto sin título a cambio de los muchísimos títulos sin arquitectos que deambulan por el mundo –, en realidad fue el más regional de los arquitectos mexicanos, y precisamente por esa característica fue y es el más universal de todos ellos. En una larga cita, pero necesaria, nos invita a ver hacia dentro y propone:

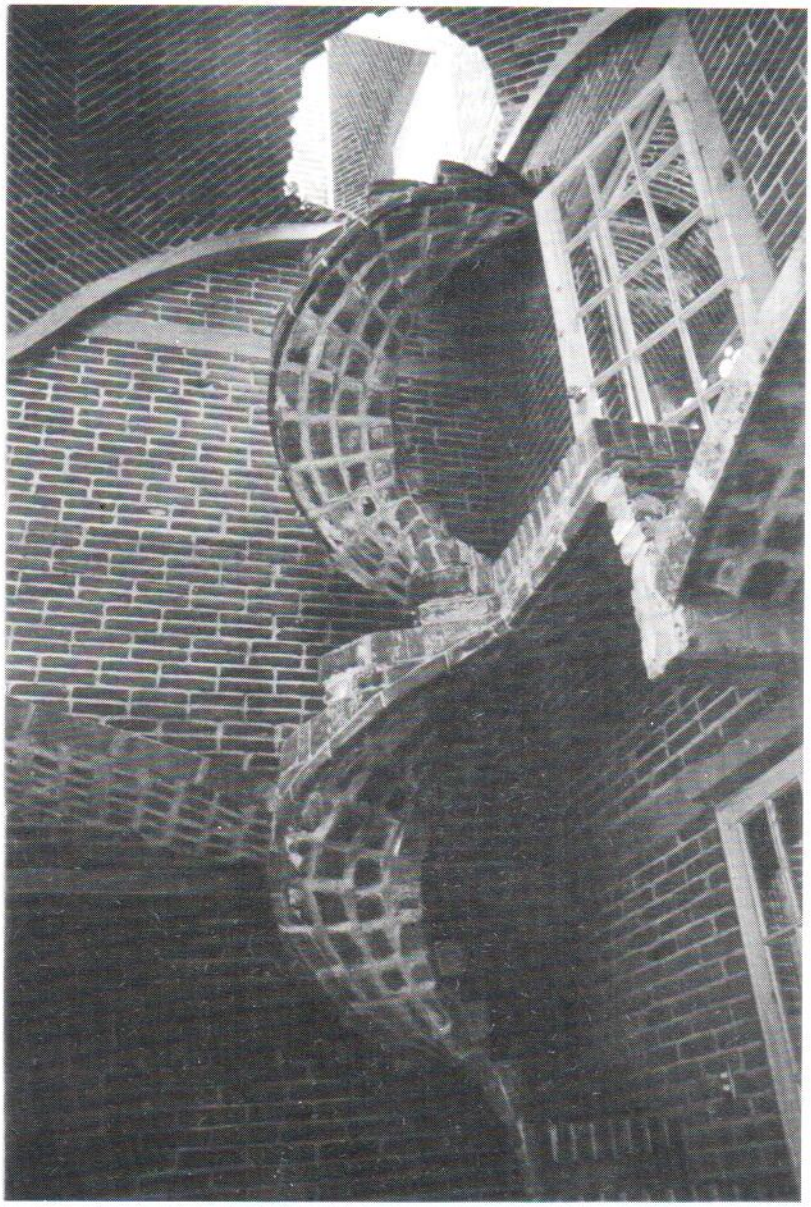
"Deberíamos tratar de conseguir, con la arquitectura moderna, la misma atracción que existe en las superficies, espacios y volúmenes de la arquitectura indígena, de la arquitectura popular, pero con una expresión meramente contemporánea. Analizar en qué consistía la esencia de lo agradable de esos jardines, de esas plazas, de esos espacios... En la arquitectura indígena o en la arquitectura popular de los pueblos de cualquier parte del mundo vemos que es siempre bella y que resuelve el problema de la vida comunitaria. Lo interesante sería analizar en qué consistieron esas soluciones tan buenas, para poder dar, en la vida contemporánea, al ser humano esa dosis de 'sabor' que le evite la angustia de las ciudades modernas. A este análisis debería orientarse el estudio del urbanismo y de las edificaciones en todos sus programas."

No cabe duda que las afirmaciones de Barragán le deben "enchinar" la piel a más de uno de nuestros funcionarios académicos, sobre todo a los preocupados por la última innovación docente europea o norteamericana. ¡Fíjense ustedes el atrevimiento de Barragán!, decir que no sólo se debe reconocer a la arquitectura indígena o popular mexicana, generalmente soslayada, sino que además la enseñanza de la arquitectura debe orientarse prioritariamente a estudiarla. En vez de estar pendiente del último grito de la moda arquitectónica extra fronteras, conocer y estudiar esa arquitectura "...que es siempre bella."

La arquitectura es una expresión de la cultura, más que un testigo es uno de sus actores principales. Fotos: Alfonso Ramírez Ponce.

Como la arquitectura es, además de nuestra ocupación, nuestra preocupación, hemos expresado públicamente algunas ideas cuya generalidad las ha ubicado en otros foros. En especial en el XX Congreso Panamericano de la Federación Panamericana de Arquitectura, así como en su relato final o "Carta de Brasilia". Una pequeña digresión. Llamo relatos a los resúmenes o compendios finales de

La arquitectura es un pensar, un saber y un hacer social, que consiste en programar, proyectar y construir los espacios que el hombre habita.



Las obras y los proyectos deben cumplir proporcionando comodidad, seguridad y deleite a sus habitadores.

muchas reuniones, los que suelen llamarse relatorías en forma equivocada, pues la relatoría es el lugar donde trabaja el relator y lo que éste hace son relatos. Cerrado el paréntesis, ustedes juzgarán si la reiteración de estas ideas es o no justificada.

La arquitectura es una importante expresión de la cultura, más que un testigo es uno de sus actores principales. El patrimonio cultural de nuestras naciones lo conforman no sólo el conjunto de bienes materiales, sino sobre todo los bienes intangibles, el conjunto de formas de vida, valores, símbolos, conocimientos, tradiciones y costumbres de una sociedad determinada. El respeto irrestricto e incluyente de las diversas culturas e identidades regionales, es imprescindible para la conformación de todo patrimonio cultural nacional.

Nuestra arquitectura debe ser una que corresponda a las condiciones económicas de nuestros países pobres, no en vías de desarrollo, como nos llaman dolorosamente, sino desviados del desarrollo. Países con insuficientes recursos para satisfacer las demandas espaciales y poder garantizar la vida digna de sus habitadores. Por tanto, la economía –sobre todo en las obras públicas–, debe ser uno de sus principios rectores. Construir con el menor costo necesario. Hacer lo más con lo menos. Nuestra arquitectura no puede ser la arquitectura del derroche y del despilfarro, de la "monumentalidad heroica" y la prepotencia, sino su contrario, la arquitectura de la realidad, del talento y de la imaginación, acrecentadas aún más por las limitaciones económicas.

La arquitectura es un pensar, un saber y un hacer social, que consiste en programar, proyectar y construir los espacios que el hombre habita. Está formada por muchos otros haceres: del albañil, del carpintero, del herrero, de los instaladores, que no son reconocidos como artísticos cayendo en una contradicción insalvable. ¿Cómo puede una obra ser artística si está conformada por muchos haceres que no lo son? La concepción antigua aristotélica del arte resuelve la contradicción. La arquitectura es un arte y, a la vez, la suma de muchas otras artes, entendidas éstas como haceres racionales, como "hábitos de producir acompañados de razón verdadera".

La arquitectura debe ser una disciplina como muchas otras, al servicio de los intereses comunitarios. Su finalidad básica es la delimitación de los espacios habitables, donde el hombre produce y reproduce su vida satisfaciendo sus exigencias vitales. El cumplimiento de estas determinaciones es una condición insoslayable de nuestro hacer.

La economía, la habitabilidad, la modernidad, la regionalidad, la diversidad incluyente, son principios de nuestro hacer arquitectónico, entre otros. Por tanto, las obras y los proyectos deben cumplirlos proporcionando comodidad, seguridad y deleite a sus habitadores, perteneciendo a su tiempo, a su lugar, y siendo expresión respetuosa de las culturas regionales en las que se ubican.

La dependencia a la que están sujetos nuestros países, no puede soslayarse mediante la trasferencia –en función de las modas internacionales–, de técnicas arquitectónicas que vayan en detrimento de los valores culturales regionales y nacionales. Esta relación no es por supuesto exhaustiva ni incluyente, sólo pretende enfatizar la idea lezamaniana. Sólo quien ve desde dentro, ve realmente